

El museo que no existe

En el Centro Pompidou de París, que tiene dos plantas dedicadas a exposición permanente de arte moderno, hay temporalmente un conjunto de salas dedicadas a exponer la obra de un tal Daniel Buren titulada *El museo que no existe*. Hace unos días, previo pago de un suplemento en el precio, pude comprobar lo imaginativa que es la obra de este artista, que si expone en dicho Centro es porque debe gozar de notable prestigio en el circuito internacional del arte. Después de recorrer varias salas de la exposición buscando cuadros, esculturas o lo que sea, uno repara en la verdadera dimensión del título y supone que la gracia del asunto está en que no exista el museo que no existe. El visitante descubre entonces que cada sala es distinta de las demás, pues una es cuadrada y otra triangular y una está pintada de rojo y otra de blanco y otra tiene rayas en las paredes. Las salas son muchas. Los visitantes pasan rápidamente de una a otra mirando a todas partes, y en una encuentran un espejo y en otra una caja que cuelga del techo y en la mayoría no encuentran nada, y siempre se les ve sumidos en una suerte de desvarío que les hace preguntarse si aquello por lo que han pagado es arte o si les están tomando el pelo.

Me callé, claro, y no por prudencia, sino por miedo al ridículo, como aquel rey del cuento al que le estaban cobrando un traje de oro invisible por un traje que no existía, no fueran a creerse los intelectuales de aquel lugar que yo era un ignorante, pero me quedé con la mosca detrás de la oreja y una sensación parecida a la del comprador de aquella supuesta edición de *La Codorniz* que traía la entrada de un túnel en la primera página y la salida de un túnel en la última y entremedias muchas páginas en negro: muy ingenioso, sí, pero yo había pagado por ver cuadros, no para comprobar lo en consonancia que estaba el título con la obra expuesta.

Y es que, al parecer, uno de los alicientes fundamentales del arte actual es la ocurrencia. Y en algunos casos el aliciente único. De hecho, en una de las salas permanentes del Centro hay varios cuadros de un mismo pintor que son planos de un solo color, uno titulado monocromo azul, y otro monocromo rojo, y así,

monocromo de esto y monocromo de lo otro. Se le ocurrió a él que pintar un cuadro de un solo color es la reducción de toda la figuración posible, la última abstracción, y ahora no sólo cuelgan sus cuadros en un museo, sino que ha cerrado un camino, de forma que todo el que pinte un lienzo como el que pinta la pared de la alcoba es un vulgar imitador.

En otra sala permanente, que en varias pantallas proyecta acciones de sadismo y sangrientas automutilaciones de artistas, se ve la fotografía de un culo humano defecando sobre la calva de un hombre sonriente. El visitante, o al menos yo, ante la visión del creador en plena ejecución de su obra, se pregunta, primero, quien es el artista, si el dador o el receptor de la carga, y, luego, si no se habrá llegado demasiado lejos en esto de que el arte debe ser transgresor. No sé, quizá el artista esté de vuelta de todo y después de estudiar un montón de años en un montón de universidades se haya dado cuenta de que lo verdaderamente original es cagarse encima de la gente, en vez de hacerlo a escondidas y en silencio, como a diario hace todo el que no tiene sensibilidad creadora o es un conformista, y aún más, que eso que hace todo bicho viviente es la humilde acción de defecar, pero si lo hace él o la calva es suya estamos ante la soberbia obra de un creador.

Resumiendo, que si uno deja dos días seguidos cuatro cartones viejos en el pasillo de su casa es un desordenado y un guarro, pero si esos mismos cartones los saca del vertedero y los pone en una sala de exposiciones ya es un artista. Y que nadie diga lo contrario, so pena de ser tachado de insensible e ignorante. Pues bueno, pues muy bien.

Juan Bosco Castilla